



## HAY QUE HACERSE NIÑO

Fuí á tener una entrevista con Gedeón para que me diese su parecer acerca del parlamentarismo.

—Soy parlamentarista—me dijo—y además parlamentario, eminentemente parlamentario, y creo con firmeza en los brillantes destinos del parlamentarismo y del Parlamento. Aun no ha dado éste sus frutos todos, los más maduros y succulentos, pero los dará, no lo dude mos, los dará.

—Dicen—le insinué—que el Parlamento está llamado á desaparecer...

—¿Cómo? No sucederá tal cosa mientras haya formalidad, amigo mío. ¡Formalidad ante todo! ¡Sobre todo formalidad!

—¿Y la fundamentalidad, amigo Gedeón?

—Formalidad he dicho. Y no puede haberla sin formas. ¡Formas; ante todo las formas! Y en punto á estas, dos son las columnas de nuestro parlamentarismo: la chistera y la señora.

—Una vez me hicieron salir del Congreso por no llevar chistera...

—Bien hecho. La ley fija un tiempo para cada mayor edad; un día antes de cumplir los veintitres ó los veinticinco años (según los casos) no puede hacerse lo que se puede hacer al día siguiente de cumplirlos. Es una imprescindible ficción jurídica; amigo mío. Así la chistera, imprescindible ficción social en forma de chimenea para retener, no para dejar paso al humo. Sirvenos en ocasiones para distinguir á los graves de los leves, á los formales de los informales; y el llevarla es muestra de humildad no pocas veces. Y luego la señora, porque, dígame, ¿qué sucedería ¡ay! si los que en la calle se tutean se tuteasen en el taller de las leyes, en plena sesión solemne? Solemne, no lo olvide su señora, la sesión es solemne... ¡solemne! Permitame, amigo, que me gusta paladear esta palabra... ¡solemne!

—¡Solemne!—exclamé sin poder contenerme.

—¡Solemne!—repitió Gedeón prosiguiendo.—Y se mantendrá el parlamentarismo, sí, se mantendrá, ilustre interlocutor y querido amigo mío particular, á quien b. l. m., se mantendrá el parlamentarismo, digo, mientras obedezcan á las acotaciones los señores diputados.

—¿A las acotaciones?

—Esperaba su extrañeza—me contestó Gedeón con equívoca sonrisa.—yo mismo tardé en darme cuenta de ellas. Usted habrá visto, sin duda, en los relatos de las sesiones todos aquellos paréntesis de «rumores», «sensación»,

«risas», «espectación», «asombro», «protestas», «señales de asentimiento», etc., etc. Estas son las acotaciones, y esto... acérquese, amigo mío, que voy á decirle al oído, con toda reserva y en secreto, un gran secreto del Parlamento, acérquese...

Me acerqué y él prosiguió en voz baja:

—Esos rumores, risas, sensaciones y protestas obedecen á una señal del apuntador, invisible para el público; están en el papel y en los precedentes. ¡Los precedentes sobre todo! La mayor parte de las veces el profano no acierta á comprender de qué se ríen los señores diputados ó por qué rumorean ó se sensacionan; pero es porque no ven al apuntador ni conocen los precedentes. Todo eso es cosa del papel. ¡Oh, las acotaciones!

Siguió hablando Gedeón y me dijo muchas más cosas que no hace al caso referirlas aquí.

Cuando salí de su casa iba por el paseo, delante mío, un niño como de unos seis años, y de pronto, sin que yo viese el motivo, dió una pirueta el niño. Y yo, que sentía unas ansias locas de dar otra pirueta, tuve que contenerme, porque me tienen por persona formal y grave y no puedo ser niño ni dar piruetas cuando me entre en ganas. Eso está contra mis precedentes.

No podemos ser niños; hé aquí nuestra desgracia, la de los españoles sobre todo. Los extranjeros que nos visitan se hacen lenguas de nuestra solemne gravedad ¡solemne!, y no pocos franceses hablan del «morne castillan». De todos los síntomas que me hacen á las veces dudar de la posibilidad de nuestra redención, el más terrible síntoma es ese de nuestra gravedad, una gravedad moruna. Hasta los que pasan aquí por chirigoteros son graves, gravísimos, si bien se les observa. Los excéntricos son muy raros; los concéntricos barto frecuentes.

Jamás olvidaré la gracia con que uno de mis más queridos amigos, al presente enchisterada señora, quiero decir diputado á Cortes, nos contaba en cierta ocasión cuál es el colmo del flamenquismo. El supremo flamenco, el flamenco solemne, torero de ordinario, no habla. Se está las horas muertas en la acera de la calle de las Sierpes, en Sevilla, rodeado de sus admiradores, viendo pasar la gente y dando con el bastón en el suelo. De vez en cuando alguno de los admiradores exclama: «¡loh hombreh!» y repiten los demás como por eco: «¡loh hombreh!», volviendo á sumirse en el mutismo, ó bien: «¡qué toreraso!» y los otros: «¡qué toreraso!» Viene una garrida moza calle arriba y exclaman: «¡ya zube!» á la hora ó las dos horas vuelve de retorno y entonces: «¡ya baja!»

Esto me recuerda lo que á otro amigo mío, que ni es señora ni gasta chistera, le llamó más la atención al entrar por vez primera en tierra alemana, y fué el ver en una ciudad á un señorón de aspecto solemne y enchisterado



ir por medio de la calle, delante de una charanga, llevando el paso á compás de la música y con un niño de cada mano. Aquí no se ve esto, ni que un hombre, no siendo por acaso un obrero, lleve en brazos á una criatura por la calle, ni en los domingos soleados vemos en las praderas ó en los sotos de junto á las ciudades y villas á personas de respetabilidad y viso merendando sobre el césped con su familia, ó jugando al marro ó á la gallinita ciega con sus hijos. Somos, por lo común, estúpidamente graves; estúpidamente, tal es el adverbio que aquí mejor cuadra; estúpidamente graves, ó si quereis, grávemente estúpidos.

Supongamos que va de gobernador á una provincia un sujeto diestro en prestidigitación, ¿por qué no ha de dar un día una sesión de juegos de manos en el Casino? O si tiene buena voz, ¿por qué no ha de salir al escenario en una función benéfica, ó no benéfica, á cantar un aria ó un dúo con el fiscal de la Audiencia?

—Es que la autoridad pierde así prestigio—se dirá.—Y esto en un país en que va la autoridad á presidir las corridas de toros, donde la insultan, á presidir esa fiesta nacional, odiosa, no por lo bárbara, sino por lo grave, por la gravedad y hasta solemnidad con que los buenos aficionados la toman, no tolerando de buen grado las mojigangas, juguetosos y payasadas que en ella caben, esos aficionados que son capaces de leerse un Diccionario de taumáquia y que discuten con toda formalidad si tal suerte fué aguantando ó recibiendo. (Advierto al lector que puede aquí escapárseme algún dislate, pues en mi vida me he degradado á aprender el tecnicismo taumáquico.)

Y no se crea que es el asunto este baladí, como cualquier persona grave pudiera creerlo, como lo juzgarían los que vituperaban á Esopo el que se pusiese á jugar en la plazuela con los niños. Esa rigidez que nos distingue, esa tiesura que ni aun al bromear perdemos, todo eso que hace insoportables á los más de nuestros escritores festivos—gravísimos en el fondo—es un triste síntoma de anquilosis espiritual, de senilidad colectiva. Con ello se relaciona la en España casi general incompreensión del humorismo. Apenas se siente aquí más que la sátira, la burla enderezada á corregir tal ó cual vicio, la burla didáctica. («Ridendo corrigitur mores»), la ironía tal vez. Por lo que á Quevedo respecta, estoy con Maeztu; no logro tragar al grave satírico castellano. Ée encuentro grave, tiesamente grave, anquilosado, hasta solemne. Sus chistes me parecen chistes didácticos, retruécanos escolásticos. Cuando me habla del Gran Tacaño, oigo la voz campanuda y solemne del de los discursos de Marco Bruto. No se ríe libre é infantilmente, á carcajadas, por reírse, por alegría, por tomar el mundo en juego como los bienaventurados niños lo toman. Hace ingenio y no alegría. Y así en general tenemos escritores satíricos y á lo sumo festivos, no humoristas, si se ex-

ceptúa acaso á Cervantes y éste á ratos. Supo crear Cervantes, nuestro casi único humorista, á aquel Quijote que, sin haberse reído, tanto ha dado que reír; aquel grave hidalgo manchego, que lo tomó siempre todo, más que en serio, en grave.

«¡Siempre sois niños, griegos!» cuentan que dijo un sacerdote egipcio á Solón. Es natural que el pueblo que vivió bajo la obsesión de la muerte tuviera por pueblo niño al que se bañó en la contemplación y goce de la vida.

¡Niños, sí, siempre niños! Niños, que de los niños es el reino de los cielos; niños jugueteros, niños que no nos avergoncemos de dar de pronto, sin aparente motivo, una pirueta en público; niños que ríen mientras lloran, como luce el sol tras de la lluvia. ¡Desgraciado de quien no sepa reír y jugar, reír con toda el alma, libremente, de alegría, por derrame de salud espiritual, sin propósito de corregir nada, sin fin satírico moralizador! El que así no sepa reír, tampoco sabrá llorar con toda el alma.

Esa nuestra solemne gravedad delata una verdadera dolencia moral, una sequedad de corazón, una tristísima osificación de la conciencia, falta de ternura, en fin. La risa franca y libre, á diafragma suelto, la del alma que respira á sus anchas alegría de salud, la risa sin propósito, ¿cuándo la habéis oído? En cambio oiréis á diario esta lamentable pregunta: y ese, ¿qué se propone con eso? Pues no se propone nada más que jugar, jugar como los niños.

La falta de infantilismo es un síntoma de senilidad y de degeneración. Ya el gran fisiólogo Burdach decía que «es un gran error el de suponer que el aumento en edad sea aumento en la escala de perfección». Por su parte, Havelock Ellis nos dice que el niño presenta en forma exagerada los caracteres distintivos de la especie humana: la cabeza grande, la cara pequeña, la limpiez, el sistema óseo delicado. «Desde el punto de vista de la adaptación al ambiente—añade—es indudable que el grósero gorila, adulto peludo, de largas extremidades y pequeño cerebro, es más apto para abrirse camino en el mundo que su delicada cría; pero desde un punto de vista zoológico, no observamos progreso alguno. En el hombre, desde eso de los tres años en adelante, el desarrollo, aunque de adaptación absolutamente necesaria al ambiente, es, hasta cierto punto, un desarrollo en degeneración y senilidad.» Y el niño, el niño que marca en nuestra ascensión al sobre-hombre un punto más alto que el adulto adaptado á la dureza del ámbito en que vivimos, el niño juega, y se ríe, y se goza, y se recrea en recitados incoherentes y sin sentido, se regocija cuando quebranta momentáneamente la lógica. Y se ríe, no para corregir las costumbres, no como nuestros insoportables satíricos, sino que se ríe por reírse, porque le entran ganas de ello, y si no hay motivo lo inventa, y se ríe de todo, de lo que más quiere.

Nuestros niños tienen cierto vislumbre del humorismo, hasta tal punto que nuestro único



teatro humorístico es el teatro Guñol. Las chocarrerías de los payasos de circo les refrescan el alma. Luego, cuando se hacen grandes, se les seca el manantial, van muy graves por la calle, no se descomponen, no juegan, aspiran a señorías enchisteradas y celebran la moralizadora sátira a lo Quevedo. ¡Desgraciados!

Acaso conviniera que usáramos como libro de edificación el de los dichos, agudezas y ocurrencias de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.

Me han contado de un obispo que muchas veces después de haber tenido que soportar latas solemnidades litúrgicas se encerraba con sus familiares a tocar las castañuelas. Si ese obispo hubiera sido santo, habría tocado las castañuelas en público, y tendría por abogado celestial y patrono de su más particular devoción a San Junipero, el bufón de la compañía del pobrecito de Asís, el Bertoldo del Año Cristiano. David fué un gran rey, porque era capaz de bailar delante del arca.

Casi todos los libros ascéticos tratan de los estragos y estropicios que en las almas hacen los «respetos humanos». Bajo su acción deléznanse los espíritus a inercia mortal. Y el más funesto de esos respetos es el temor al ridículo que se hace apareciendo en público como un niño informal y juguetero.

Mas hay algo muy triste, y es que no basta querer ser niño; preciso es, además, poderlo ser. Los más de nuestros graves, si no se rien y juegan, no es porque ahoguen las ganas de hacerlo, sino por no sentir las ni de reír ni de jugar, y no las sienten por falta de salud de espíritu: padecen de esclerosis moral, se les ha agotado la ternura, fuente lo mismo de la risa que de las lágrimas. ¿No será que en el fondo son tristes, con tristeza seca, inlágrime? ¿No será que en este gran convento de nuestra España nos consume la enfermedad que consumía en los claustros medioevales a las almas de los monjes, aquella terrible enfermedad del espíritu, la «acedia», que casi todos los místicos conocieron? Parece ver en el fondo de nuestra gravedad una enorme tristeza, y en el fondo de esta nuestra tristeza una marcada senilidad, y en el fondo de la senilidad, lo diré por su nombre, salvajismo ó barbarie. Porque el progreso de la humanidad es progreso en juventud, y los pueblos más cultos son más jóvenes que los incultos.

La vejez es una desgracia inevitable é incurable; «aquel a quien los dioses aman muere joven» dijo Menandro. Aspiremos a morir jóvenes cerca de los cien años. Hay que sustituir con el culto al niño el acatamiento al viejo, y acabar con esa mentira de que los años den experiencia. ¡Desgraciado el pueblo regido por viejos! Y sobre todo, que las cunas no dejen sitio a las tumbas.

Imitemos al Apóstol exclamando: ¡Desgraciados de nosotros! ¿Quién nos librará de esta gravedad de muerte?

Miguel de UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES